

BAZAR DE LOS POBRES.
25 DE AGOSTO DE 1881.

**Coleccion de los discursos y poesias
pronunciadas el dia de su aper-
tura, precedida de una cor-
ta introduccion.**



QUITO.

FUNDICION DE TIPOS DE MANUEL RIVADENEIRA.

1881.

 Van á rifarse, con permiso de la autoridad, los objetos obsequiados por las Señoras, á 4 reales cada accion, y las boletas se venderán en los almacenes de los Sres. Miguel Freile, Juan José Narváez, Caycedo é hijos, Francisco de P. Urrutia, José F. Zarama, Pedro M. Pérez Quiñones, Ramon El. Patiño y Ramon Calvo.



INTRODUCCION.

El 25 de Agosto ppdo. tuvo efecto la apertura del Bazar de los pobres, como lo habían anunciado cartelones fijados en las esquinas. Objetos preciosísimos, en cuya obra se ve, sin duda, la delicadeza del sentimiento cristiano, tuvimos ocasion de admirar en el recinto destinado para la exposicion. “Conocemos á las señoras de Quito, dijimos ya una vez, hablando del propio asunto, y afirmamos que difícilmente pueden ellas mismas superarse con otras distiguidísimas prendas, la de virtud cristiana que poseen en alto grado: ésta resplandece en sus menores actos, como que es el elemento fundamental del tipo de la mujer ecuatoriana.”—Y añadimos luégo:—“No vacilamos al asegurar que la santa solicitud de la Conferencia de San Vicente de Paul, será dignamente atendida; y queremos, desde ahora, agradecerles, en nombre de los pobres, su magnanimidad á los corazones compasivos.”

No nos ongañamos, entónces, al hablar así; y el éxito más favorable ha coronado la obra plau-

sible de la Conferencia. Lleven sobre esta asociación las bendiciones del Cielo; y vaya la prosperidad á derramar sus bienes en el seno de los hogares donde se ha hospedado un tiempo la conmiseración.

La limosna es semilla que nunca se pierde: cae siempre en tierra fértil, fecundizada por la mano de la Providencia, y sus frutos se recogen aquí mismo, y son el gaje de los corazones que la siembran. Tranquilidad de ánimo; paz de conciencia; gozo íntimo, inexplicable, anuncio, acaso, de los inmortales delcites; y tantos beneficios que á las veces os vienen sin saber de dónde, producto son del campo que habeis cultivado. Demas de que el gran premio os lo guarda Dios en otra parte, para dáoslo cuando hayais sacudido el polvo que cubre la mitad divina de vuestro sér.

El acto al cual nos referimos en las presentes líneas, fué sencillo; pero muy hermoso y por todo extremo conmovedor.

Comenzó á las once del dia citado, con un cántico tierno, que arrancó lágrimas á todos los concurrentes, delicadamente ejecutado por la señorita Zoila Domínguez. En seguida leyó el Sr. Presidente de la Conferencia un laborioso informe; en el que se pudo apreciar el constante trabajo, y medir el bien inmenso que reparten los magnánimos hijos de Vicente de Paul. Esa pieza tiene la elocuencia de la verdad, y convence y conmueve por sí sola. Se alternaron, luego despues, discursos, cantos y escogidas sinfonías. De los primeros no hemos omitido ninguno en estas páginas; si bien de los segundos únicamente nos ha sido fácil la insercion del que mencionámos arriba. Dos estimables señoritas, Isolina y Victoria Andrade, tocaron en el piano las óperas *Norma* y *Traviatta*, mereciendo por ello justos aplausos. Los

señores Zubiría y Sanguña imitaron tan excelente ejemplo, á gusto general; y el señor Luis Pólit, á quien habíamos oído ya declamar una composición poética, cantó dos veces, una acompañado de su menor hermano, y ambas por el señor J. Agustín Guerrero en el piano, versos que, envueltos en acentos tan agradables, parecieron muy bellos. Cerró el acto con algunas palabras de complacencia el señor Vicario Capitular de la Arquidiócesis, doctor Arsenio Andrade, quien lo había presidido.

Cerramos nosotros esta corta introducción, que hemos escrito con el mayor agrado, á petición de la Conferencia que se ha dignado encomendarnos la edición de este folleto, haciendo votos porque la institución del Bazar de los pobres sea la muestra anual de los sentimientos religiosos del Bello sexo quiteño.

QUITO, Á 20 DE SEPTIEMBRE DE 1881.

I. D. DEL C.

INFORME.

Si bien es cierto que las buenas obras siempre sufren contradicción y que tenemos muchos motivos para desconfiar de nosotros mismos, también es indudable que, como decía nuestro Santo Patrono, Dios no falta nunca en las cosas que se emprenden por su orden; porque tiene infinitamente más inclinación para hacer bien en nosotros y por nosotros, que nosotros para hacer el mal. Observadores profundos han demostrado suficientemente la verdad de esas palabras; y como si nosotros vaciláramos en creerla, las vicisitudes de nuestra humilde asociación, que hemos presenciado, han venido á comprobárnosla del modo más claro y evidente.

En efecto: ocho corazones magnánimos resolvieron instalar en esta capital, há como diez y seis años, la Conferencia de San Vicente de Paul: impulsados por el amor de Dios y del prójimo, síntesis de la ley que acatan, es decir, procediendo de orden de Dios, no les arredra lo arduo de la empresa;—se trataba nada ménos que de pedir limosna para aliviar las penurias de familias que cuentan entre sus desgracias la de no poder solicitarla por sí mismas. La mies es abundante y escasos los segadores; el trabajo les agobia, y el desaliento llega á mostrarles su desabrido aspecto; pero Dios acude, y les envía cooperadores que aumentan sus filas, que con verdadero entusiasmo participan de sus faenas, y que hacen adelantar la Conferencia de tal modo, que hubo que dividirla primero en dos y despues en cuatro, cuyos miembros activos pasaron de 150 y los honorarios de 500. Era tan satisfactoria la marcha de nuestra querida asociación, que nos parecía que todo lo sonreía, que estaba asegurada su existencia y que avanzaría todavía más, en vez de retroceder; mas el espíritu de contradicción no podía dejar de combatirla, y comenzaron las deserciones de miembros activos en tal número, que hubo que refundir en dos las cuatro secciones; no habiendo quienes cobraran las cuotas mensuales de los miembros honorarios, naturalmente vino la disminución de fondos y con olla la de las familias agraciadas; se insinuó la idea de que nuestras reuniones tenían fin político, cosa que yo niego rotundamente, porque me consta que jamás ha habido tal, y esto alejó á muchos otros miembros, que quisieron patentizar así la inexactitud de la insinuación; llegamos, en fin, á tal extremo, que hubo sesión á que solo asistimos tres ó cuatro, y en consecuencia; to-

do aquel tren que nos halagaba, quedó reducido á una Conferencia de diez ó doce socios, á quienes Dios inspiró continuar la obra que Él habia ordenado, á despecho de todas las contrariedades. La perseverancia que mostraron atrajo de nuevo, aunque en limitado número, algunos desertores que ayudaron á despejar un tanto la penosa vía en que se hallaban, y la Conferencia pudo seguir haciendo el bien, si no como en sus mejores dias, al ménos con marcada regularidad y desahogo.

Pero esto no fué más que una tregua: dia llegó en que los vientos soplando con fiereza, amontonaron negras nubes; el brillo del relámpago, el fragor del trueno y el estrago del rayo nos sorprendieron, y la desencadenada tempestad dispersó á muchos de nuestros estimables compañeros, dejándonos en las angustias anteriores; angustias que fueron tan graves en los dos últimos años, que llegóse á discutir varias veces la suspension definitiva de nuestras humildes tareas. Empero como Dios no falta nunca en las cosas que se emprenden por su orden, en medio de nuestras tristes y agitadas discusiones, nos llegaban recursos extraordinarios é impensados, que esparciendo el contento en los corazones y haciéndonos palpar la verdad de las palabras de nuestro Santo, que acabo de repetir, nos decidieron á ratificar la resolución de afrontar todas las contradicciones y á no volver á intentar siquiera la supresion de nuestra cara Conferencia.

Con alternativas tales, que ocasionaron el nombramiento en casi todas las sesiones de Presidentes *ad hoc*, sin esfuerzo puede comprenderse la imposibilidad en que se hallaron todos, para cumplir la prevencion del Capítulo 4.º de nuestro reglamento de dar un informe anual de los trabajos de la Conferencia, como se practicó en los primeros años, en junta general de miembros activos y honorarios; y aunque el último de todos, aprovechando la presente favorable ocasion, me propongo reanudar la interrumpida práctica y voy á informar, aunque someramente, de nuestra pequeña labor en el año trascurrido de Agosto próximo pasado al que termina.

Como se ha visto, la situacion de la Conferencia era desconsoladora, tanto por la escasez de miembros verdaderamente activos, como por la de fondos. El corazon de todos se contrastaba al considerar que pudiera llegar á faltar el socorro semanal á nuestros queridos pobres; y si nos sentiamos con ánimo resuelto para no desmayar, veiamos que habia que esforzarse mucho para reunir recursos. Dios nos

probaba; y viendo debilitada nuestra fé, hizo que supiéramos que la Ilustre Municipalidad del Canton podía disponer de una ó dos funciones de teatro, segun el contrato con la Compañía dramática que trabajaba á la sazón en esta ciudad. No bien llegó á nuestros oídos la buena nueva, abrimos nuestro pecho á la esperanza y, sin demora alguna, acudimos al I. Concejo por medio de su Presidente, y de presto nos cedió con noble generosidad el producto de una funcion. Esa funcion fué como el rayar del día despues de tempestuosa noche; pues á más de trescientos sesenta pesos que nos dió en dinero y que sirvieron para el vestido que anualmente se acostumbra repartir á nuestros pobres, nos trajo las ventajas de que el público supiera que no habia desaparecido la Conferencia, como generalmente se creía; que algunas personas piadosas se hicieran inscribir como contribuyentes, y que se nos agregaran miembros activos entre los cuales hay algunos á quienes tributaría mil elogios, si no temiera ofender su modestia y cercenarles, acaso, las celestiales bendiciones.

Con el vigoroso impulso que ellos le imprimieron, la Conferencia resolvió adoptar algunas familias más: principiaron las solicitudes y comenzaron las adopciones; y de cuarenta y siete que eran, se elevaron en corto tiempo á noventa, con un personal de 327 miembros. Segun los que tiene cada una es la porcion que recibe semanalmente, la que causa un gasto mensual de más de \$ 100, á los que agregado el valor de algunos socorros extraordinarios en medicinas, calzado, cobijas &c., hacen un total de \$ 120, casi invariable. Además, se han distribuido en el mes anterior 32 vestidos á otros tantos niños que debían asistir á sus respectivos exámenes, los que han costado \$ 100; de modo que la Conferencia ha repartido en el año indicado, la suma de \$ 1,500, contando únicamente con 28 miembros activos, no todos puntuales por diversas circunstancias.

Al llegar á la cifra de familias citada, hubo necesidad de suspender la adopcion de muchas otras que la solicitaron; porque á más de prevenir el reglamento que el número de ellas guarde proporción con el de los miembros activos, para que estos no se recarguen mucho y lleguen á desanimarse, los fondos que se colectan son insuficientes. Mas como las solicitudes continuaron, y reflexionando que algunas personas se acuerdan de los pobres á la hora de la muerte y que de ellas pudieran obtenerse algunos auxilios, solicitó y obtuve en Marzo último una resolución del Supremo Gobierno en que aprueba nuestros Estatutos, con la cual se encuentra la Conferencia apta para heredar y para parecer en juicio. Satis-

factorio me es hacer saber esta circunstancia, que ya ha empezado á dar buenos resultados; pero al mismo tiempo estoy en el deber de suplicar á todos los que quieran y puedan legar alguna suma á la Conferencia, que sean explícitos, terminantes, clarísimos, para evitar que llegue á contrarse el sentido de las palabras de que usen y áun á contrariar su voluntad. Así no se podrá, ni por error de concepto, quitar nada á nuestros queridos pobres, que no tienen más que las limosnas que se les envían por conducto de la Conferencia.

Abundando en deseos de ensanchar la órbita de sus facultades, pues no puede ni debe olvidarse de las familias que no le ha sido posible acoger áun, la Conferencia ha perseverado en la investigacion de los medios adecuados que le den los fondos que ha menester para llegar al anhelado fin; y conociendo la índole generosa de la más interesante porcion de la sociedad, el bello sexo, pensó en ocurrir á él, y con ese pensamiento quedó resuelta, fiando en el Padre de las misericordias, la formacion del Bazar, cuya apertura presenciamos. Cerca de 500 invitaciones se han repar-tido entre las Sras. y Sritas. notables; y si desgraciadamente la mayor parte no ha podido corresponder á la piadosa provocacion, bien por enfermedades, ocupaciones, ausencias involuntarias ú otras causas, me complazco en decir que lo han hecho con la mejor voluntad más de 130, entre ellas muchas guayaquileñas, de otras provincias y colombianas; siendo de recomendarse que una señorita de Popayan nos haya remitido desde tan léjos su primoroso contingente.—El oro, la plata, la seda, la lana, el lino, la cera, la pintura, el orópel, la madera, el papel, el algodón, todo, todo lo que ha podido servir al caritativo intento ha sido buscado y beneficiado con afán por manos tan hábiles como preciosas; y los objetos que teneis á la vista están regonando, al par que el mérito de sus labores y la hidalguía de los corazones que han guiado esas manos, el sentimiento cristiano, la inspiracion divina; mejor dicho, la verdad de que *Dios no falta en las cosas que se emprenden por su órden.* ¡Quiera El bendecir á los Sras. y Sritas. que no han vacilado en seguir su inspiracion, así como del fondo del alma de nuestros queridos pobres y de los miembros de la Conferencia se elevarán tiernas plegarias para que les conceda bienes sin cuento, perpetua ventura! La labor á que se han consagrado así lo demanda, el beneficio recibido así lo exige, y el agradecimiento de cristianos pechos á ello está obligado; y tanto

más, cuanto ha habido Srta. que sin poseer grandes recursos y hallándose privada de trabajar, haciendo un esfuerzo, ha enviado la suma de veinte pesos; erogacion que si es valiosa á nuestros ojos, es seguro que tendrá valor infinito ante los ojos de Dios. Ni callaré tampoco que algunas otras Srts. me han dirigido sus excusas, pero acompañándolas de limosnas de 1 hasta 25 pesos.

No se equivocó, pues, la Conferencia, al esperar que selecta porcion del hermoso sexo de esta capital respondería con su acostumbrada dulzura á los clamores del necesitado. Ahora lo que importa, lo necesario, lo urgente, es que corone su obra, empujando con su mágica suavidad á los esposos, á los hijos, á los hermanos, á los amigos, para que aumenten el número de los miembros de la Conferencia, activos ú honorarios. Es tan hermoso hacer el más pequeño bien; es tan grata la satisfaccion que se experimenta en alargar la mano al desvalido; nuestro espíritu se mece, sostenido por la fé, en un mar de fruiciones tan consoladoras y apacibles, que no concibo, me es imposible explicarme cómo los dichosos de la tierra, que pueden gozar de todo eso fácilmente, se abstienen como ateridos por el frío de la indiferencia; olvidándose de que nada tienen suyo, que apenas son depositarios de las riquezas que poseen y que se verán obligados irremisiblemente á dar estrecha cuenta al Recto y Sumo Juez, no solo del mal que hicieron, sino del bien que dejaron de hacer. Ah! si reflexionáramos algo siquiera sobre esa cuenta, ¡cuántas necesidades se verían remediadas, cuántos dolores mitigados, cuántos pesares desvanecidos! El rico sería lo que debe ser — mayordomo de Dios en el prudencial reparto de la hacienda que le ha confiado. Pero generalmente no se piensa sino en los placeres de esta vida fugaz; y para gozarlos se afanan, se mortifican, se angustian y hasta se matan los hombres! Y sabéis por qué? porque las tinieblas del mal que han invadido nuestros espíritus, no podremos verlas disipadas hasta que divorciándonos de nuestras pasiones, anemos al prójimo como á nosotros mismos; y ejercitándonos perezosamente en las vivificadoras faenas de la Caridad, sintamos aumentada nuestra Fé y llenos nuestros pechos de la dulce y alentadora Esperanza.

CANTO DE UN POBRE.

Cual tras oscura noche
Asoma el sol naciente
Y baña dulcemente
A todos con su luz,
En medio mi pobreza,
Que es noche con horrores
Bañóme en sus fulgores
Vicente de Paul.

Enfermo, desvalido,
El alma conturbada,
Fué piedra mi almohada,
La tierra mi colchon!
De harapos mal cubierto
Y hambriento, en mi impotencia
Oí de Conferencia
El nombre halagador.

Y á ella dirigíme,
Y en ella me acogieron,
Mi desnudez cubrieron
Y á mi hambre dieron pan!
Oh ricos! si supiérais
Ganar con oro el cielo,
Sería vuestro anhelo
Al pobre consolar.

Bendigo mi pobreza,
Mi trance asaz estrecho,
Que confesar me ha hecho
De Dios la gran bondad,
Que impulsa suavemente
Cristianos corazones

A repatir sus dones,
El bien á practicar!

Oh ricos! si supiérais
Ganar con oro el cielo,
Sería vuestro anhelo
Al pobre consolar.

Oh! dad, por Dios, al pobre;
Y Dios que nada olvida
Allá en la eterna vida
Felices os hará!

EL POBRE.

Composicion dedicada á los respetables y virtuosos
señores que componen la Conferencia de San Vicente de Paul.

POR EL SOR. J. AGUSTIN GUERRERO.

¡Maldito el mundo que mi voz no atiende!
¡Maldita suerte! que, del bien contraria,
Nunca á las quejas del dolor responde,
Ni de oprimir al corazon se causa.

Como la fiera que rabiosa, hambrienta,
Cuando tiene á la víctima á sus plantas,
Nada le asombra, y su furor provoca
Hasta saciarse con la sangre humana;

Así la suerte con venganza horrible,
Parece que revive en mi desgracia,
Cuando su saña y su crueldad aumenta
Para dejar en confusion mi alma.

Por eso triste, solitario, errante,
Voy por el mundo, entre desgracias tantas;
Buscando un bien que á mi existencia halague,....
Entreviendo el consuelo en lontananza.

Do quier que busco compasion y espero
Hallar de compasion una mirada,
Mayor dolor mi padecer encuentra,
Mayor pesar mi corazon desgarrar!

Porque viene apurando mi martirio
Una sombra fatal que me acompaña,
Una sombra implacable y malhechora,
¡Como del cielo para mi mandada!
¡Ah!.... ¡no, mi Dios!.... perdona mi locura,
Tu inmensidad no puede tener falta,
Solo la tierra indiferencia y crimen
Tiene en su faz y abriga con sus entrañas.

¡Ay! Pero Tú, Divinidad eterna,
Luz de verdad, resplandeciente y santa,
En tus decretos compasivos unes
Amor..... virtud..... resignacion..... bonanza.....

Solo en tu soplo inspirador confío,
Como confia el águila en sus alas
Al remontarse en el azul espacio,
Hendiendo frescas y apacibles auras.

¿Qué es para mí este misero destirro?
¿Qué para mí sus dichas y mudanzas?—
Débil ensueño, pensamiento vano,
Que en la corriente de las horas pasa!

Para mí ya no existe ese delirio
De rudas distinciones y alabanzas,
Para mí solo basta el sentimiento,
La humana compasion y una cruz santa.

Una cruz que recuerdo mi flaqueza
Y endulce del pesar la vida amarga:
Una cruz, que de Dios siendo el trofeo,
Al pobre como yo da una esperanza.

¿Qué importan para mí vanos tesoros?
¿Qué me importa, Señor, si todo pasa
Aute tu Sér incomprendible,.... inmenso,
Cual una arena que en el mar se arrastra?

¿Qué valen á tu ley y tu justicia
Blasones tantos, opulencia y fama?
Más importan, Señor, mis sufrimientos
Bajo mi choza de carrizo y paja.

Valen más los dolores de mi cuerpo,
El triste llanto que mi rostro baña,
Y esas plegarias que hasta el cielo eleva
Cuando el sustento de mi cuerpo falta.

Porque amas la verdad de un pecho humilde
Más que al místico incienso que levanta

El Arcángel divino ante tu trono
Con vista baja y abatidas alas.
Porque amas la pobreza y la inocencia,
Que la altivez y la soberbia ultrajan,
Como ama el Serafin tu vista hermosa,
Como ama la virtud tus leyes santas.
Y por eso ya adoro tus arcanos
Y bendigo tu nombre en la mañana;
Y en la noche también, Señor, te adoro
Con todo el corazón y toda el alma.

DISCURSO,

DEL SEÑOR DOCTOR CÁRLOS R. TOBAR.

Sois benéficos, Señores, y sé que es menester no cono-
ceros para llamar á vuestros corazones á nombre de la car-
ridad: en ellos reside la hija del cielo y ella misma sin in-
terprote, os habla sin cesar y sus palabras fructifican en
obras de misericordia.

Así, pues, solo quiero reflexionar con vosotros acerca
de la excelsa virtud.

Veo un sér haraposo, la escualidez en la faz, la ancian-
idad en las canas, las enfermedades en el cuerpo; no anda,
se arrastra; no habla, la voz es un gemido; no puede
trabajar, casi no puede pedir; todo, parece, ha muerto en él,
excepto el hambre.

¿Y sabeis, por ventura, lo que es la necesidad en el
anciano?

El anciano es un niño sin madre y sin nodriza; niño
devalido que se amamanta con las amarguras de los desen-
gustos y los pesares de la gastada existencia; de niño lo
impotente, de hombre las pesadumbres. Alma vigorosa talvez,
miembros desfallecidos; fuego en el espíritu, hielo en la ma-
tuza; triste consorcio de la fuerza y la debilidad.

Siente el mal y no le es posible remediarlo; tiene ver-
gonza, pero padece hambre; inválido para el trabajo, está
compellido á mendigar.

Si; Ese hombre mendiga. Tras larga indecision penetra en vuestras casas; veisle el cuerpo movido con dificultad, mas no veis al alma arrastrada penosamente para demandaros el mendigo.

Os le pide en nombre de Dios; suplican los labios, suplican los ojos, suplican los vacilantes piés y las temblorosas manos, suplica el hambre, ese monstruo que se sacia hoy para tener voracidad mañana.

Ah! señores, el hambre del mañana..... El pan de hoy está consumido, la necesidad satisfecha, pero amanecerá otro día y se despertará el monstruo y retornará el suplicio.

Segun el mito pagano, Sísifo fué condenado á trepar un monte llevando una roca que rodaba de nuevo cuando el desventurado tocaba la cima. Tengo para mí, que el tormento de Sísifo estaba en el recapacitar en la inutilidad de sus esfuerzos. Agobiarse para levantar la carga atormentadora, asegurarla sobre el hombro fatigado, trepar anhelante por la siscosa cuesta, subir, subir sudorosa la frente, arqueado el cuerpo, los aquejados ojos puestos ya en la cumbre, llegar á la cima, al lugar del descanso y sentir la roca escaparse y verla rodar y saltar y precipitarse y rebotar en el abismo con estruendo repetido, con eco pavoroso y, sobre todo esto, estar precisado á volver á la faena abrumadora.....

Ah! Estoy cierto que, al ser verdadera la fábula, Sísifo habría hecho brotar de vuestros ojos lágrimas de compasion.

Y vais á llorar, señoras, porque á decirnos voy que Sísifo vive y trepa y descende para tornar á subir con mayor cansancio en el cuerpo y con mayor angustio en el alma.

El menesteroso es Sísifo que sube hoy y subirá mañana y trasmañana: ha comido, la roca está en la cumbre; pero amanecerá de nuevo y habrá que ascender otra vez la dura cuesta de la limosna.

Pero existe otro infeliz aun más digno de compasion.

El pordiosero implora y recibe: en las porterías y en los saguanes engaña gota á gota el abismo de la apetenencia. Pero hay, os repito, otro desdichado para quien la miseria es el tormento del hambre y el tormento de ocultarla; discurre por las calles, mira con acerba envidia el pan que el mendigo va devorando, no están cerradas las puertas de la caridad, mas el pudor le impide penetrar por ellas, y vuelve al tenebroso desvan donde los hijos macilentos lloran é, imprudentes, reclaman el pan que la madre no se atrevió á mendigar.

Ah! El hambre del mañana..... Ah! Señores, el hambre de los hijos!

Los niños no comprenden que no se debe comer: pi-

den, gritan, lamentan.

No hay pan, pobres niños!

La madre trata de dormirles, pero con hambre no se puede dormir.

Esta miseria pudorosa, miseria suprema es la que alivian los limosneros de san Vicente de Paul; ellos buscan para socorrerles á estos infortunados que no nos buscan. Y les alargan la limosna con la derecha procurando que lo ignore la izquierda.

Cosa extraordinaria! El socio de san Vicente no se sonroja cuando pide y se sonroja cuando da, porque se teme herir la susceptibilidad de la pobreza.

Y da la caridad con caridad.

A escondidas, alimenta á los pobres sin alimentar la vil ostentacion.

Visítale, llora con ellos, consuélale, confórtales y, como san Martin la capa, sale llevando apénas la mitad del corazon.

Descendientes del gran Santo, dignos hermanos sois de las hermanas de Mlle. Legras. De esas mujeres milagrosas, vírgenes al propio tiempo que madres.

Madres ¿Y de qué hijos?

De la hija de Dios: El con un destello de su amor fecundiza á algunas almas y las hace madres de la Caridad.

Y son madres aunque vírgenes; pues sólo á vírgenes fecunda el cielo.

No quiero concluir, señoras, sin haceros una súplica á nombre del porvenir de la beneficencia. Vuestros corazones fructifican en caridad: poned tambien la semilla en el corazon de vuestros hijos.

Inculcadles estas máximas sublimes del sagrado libro: A Dios da á logro el que hace misericordia con el pobre. Amad á vuestros enemigos: haced bien aún á los que os aborrecen. Ama á tu prójimo como á tí mismo.

Ama á tu prójimo es la traduccion del divino instinto que en sí lleva grabado el alma; es la expansion y repartimiento del corazon; son los aromas de la flor que perfuman el ambiente.

Si; enseñad, virtuosas madres, enseñad á los niños á ser misericordiosos. Cuando ellos dan al pobre no es ya Dios que, escondido, alimenta á la avecilla de los campos y al insecto de las flores: es el mismo Dios transfigurado en la persona de los niños.

Nada más tierno, nada más conmovedor, nada más poético de contemplar que la alba tranquila manecita de la inocencia extendida á la negra temblona de la adversidad suplicante.

No envidíes, señores, esa gloria que respira suspiros y sollozos y se alimenta con lágrimas y sangre. El gran san Vicente conquistó el cielo con la vida de los pobres, Napoleón el grande ganó un puñado de tierra con la muerte de un millón de infelices.

No envidieis, oh pueblo! esa torva gloria sanguinolenta. No la envidieis, pueblo sensato, pueblo caritativo, pueblo predilecto de Dios.

He dicho.

LAS LAGRIMAS DE UNA VIUDA.

Bajo un cipres.

COMPOSICION DEDICADA A MI TIO EL SR. DOR. MODESTO JARAMILLO.

POR LUIS F. PÓLIT.

Todo es silencio, soledad, tinieblas.....
Azarado se ajita el pensamiento!.....
Nada hallo en torno mio:
Solo un mustio cipres se alza sombrío,
Que tiembla y gime al azotarlo el viento!!.....
Vagando voy por este ingrato mundo,
Buscando en vano dó posar mi frente.
Solo me ofrece abrigo
Esta sombra que guarda reverente
El sueño eterno de mi dulce amigo.
Aquí yo he de vivir; y en mi quebranto
A tu piedad bendita,
He de ofrecer ¡oh Dios! gota por gota,
El llanto acerbo que del alma brota.
Aquí yo he de pasar sobre esta tumba!.....
Sobre esta tumba que me oculta pia
Un mundo de ventura y de alegría!
.....
Ayer no más cual delicioso ensueño,

No de pena enturbiada, lamé la vida;
Todo era grato á mi ilusion querida
Todo risueño á mi ferviente amor;
Mas hoy, terrible y despiadado el cielo
Con trueno y rayo y huracan me asusta,
Y sordo á mi plegaria
En mar me hunde de implacable duelo.

Dulce mitad del corazon no te hallo!
Ay! la terrible mano de la muerte
Te apartó de mí lado, y cómo verte
Si te oculta á mi amor sepulcro umbrío!
En vano balbucir quiero su nombre;
En vano busco ansiosa en torno mío,
En su desierto lecho,
Al que fué dueño de este amante pecho!
En donde está tu luz, sol refulgente?
Por qué se oscureció tu lumbré pura?
Dónde está tu fragancia,
Hermosa flor; qué se hizo tu frescura?
Hundida en hondo mar de desconcielo
Me abandonaste; y en tu ausencia dejas
Dos tiernos hijos que alzan hasta el cielo
De la orfandad las desgarrantes quejas!
Ah muerte, reina del furor! con saña
Por cetro empuñas hórrida guadaña;
Y en vez de réjia púrpura te adornas
Con negro manto que la sangre baña!
Gózate! ya triunfaste! ya los lazos
De mi inocente amor hechos pedazos
Están, y si es que el llanto te recrea,
Este llanto infantil música sea
Que tus oídos sin cesar halague.
Ah! vuelve ingrata, en mi dolor, la gloria,
Que rápida pasó cual leve sombra;
Y huya también veloz de mi memoria
Ese pasado horrible que á mi alma
Robó su aspiracion, robó su calma!
Vuélvele, impía, vuélvele la vida;
Que eterno debe ser aquí en la tierra
Quien de esposo y de padre lleva el nombre,
Y amor de padre en tierno pecho encierra.
Pero si he de vivir mendiga y triste,
Muévate, al ménos, á piedad mi duelo;
Y aunque te goces en mi amargo llanto,
Rasga ese oscuro velo;

Mire un instante ya su faz bendita
Y en sus reliquias venerables, santas,
En su cadáver frío,
Un beso imprima el yerto labio mio.
Pero nó; basta! basta!
A mi turbada mente
Recuerdos, no volvais; piedad imploro:
Quizá mi pena cesará y mi lloro!

Pero dó estoy? qué escucho?
Qué melodiosa voz, qué dulce acento
Resuena en mis oídos?
Qué corazón se mueve á mis gemidos?
Quién mis ayes escucha y mi lamento?
Quién eres, di, beldad hechizadora,
Misteriosa vision, lucero hermoso,
Tú, á quien mi pecho en su delirio aclama
Pura más que del sol la ardiente llama?
Quién eres, di, que vistes de los cielos,
De lumbre salpicado hermoso manto,
Y en cuya diestra brilla
El réjio cetro, y en tu nivea frente
Corona de oro rica y esplendente?
Tú eres ¡oh Virgen! Caridad bendita.
Foco de amor, tu sacro influjo siento!
De la dulce benéfica esperanza
Miro lucir un rayo en lontananza
Y en ventura trocarse el sufrimiento!
¿Y por quién, Caridad, hija del cielo,
Por quién existes, quién te da la vida?
El dolor, la pobreza aborrecida?
Yo te bendigo, pues, santa pobreza;
Y pobre quiero ser, porque del pobre
Eres amiga fiel y compañera,
Y de mendiga *insólita* tristeza
Llevar hasta mi muerte yo quisiera.
Ah! qué del pobre es grata la plegaria
Cual son ¡oh Dios! los dulces trinos
De la ave solitaria;
Fragante, cual arábigo perfume
Que hoy en tus aras la piedad consume!

DISCURSO

DEL SEÑOR JUAN DE FONSECA DIAZ DEL CASTILLO.

Consolador es, señores, encontrar abierto á la piedad el corazón del poderoso. Dicese, acaso justamente, que éste cierra á los clamores de la indigencia todos los caminos por donde puede manifestarse el humano sentimiento, que casi siempre brota espontáneo en el pecho más encallecido. Pero cuánto es agradable á los ojos y al corazón placentero el ver á la Caridad, portera de la riqueza, esperando con las manos pródigas extendidas á los que han menester del ajeno auxilio para sustentar la vida. El hombre ejerce, entonces, una como delegación divina, y se engrandece por el amor con que acude á robustecer los lazos confraternos, tantas veces debilitados á esfuerzos del egoísmo mal aconsejador.

En las luchas del presente siglo he consultado á menudo ese enervamiento del espíritu benéfico para explicarme la verdadera causa de nuestras lastimosas discordias. Entre hermanos y en el propio regazo materno de la Patria, vivimos, como los gemelos de Rebeca, disputándonos la sangre destinada á fortalecernos.

Pero muy apesadumado he tocado un punto, hasta el cual me arrastra en ocasiones la perenne consideración de nuestras desgracias sociales. Perdonad, señores, el ligero desvío que acabo de inculparme, y seguid escuchando benévolo mis palabras.

Congregada veo aquí una buena parte de la familia ecuatoriana, y en justo regocijo me siento inundado, cual si ante la risueña perspectiva de un porvenir de glorias estuviera.

¿Y no lo estoy ahora mismo, por ventura?

¿Qué sino el amplio horizonte donde ha de brillar el sol de mejores días se está manifestando en este recinto que colman el entusiasmo y la piedad?

Traéis el óbolo que os pide la pobreza, y vais á ver levantarse la obra de la Caridad cristiana. Ni lo dudéis, si quiera! El óbolo fué la primera piedra del templo erigido al Bien. Se ha visto sobre el óbolo alzarse edificios cuyas cúpulas se envolvieron en áureas nubes allá en la región del cielo.

Mas no os detengais á pensar con íntimo júbilo en el óbolo que habeis ofrecido á la pobreza. Olvidadle, si es po-

sible, y os le harápreciado la humildad. La moneda que se alarga á vista del mundo, pesa en la mano del que la recibe hasta hacerle enrojecer de pudor. Quien recuerda la limosna que dió, y aguarda por ella recompensa, está como reclamándola, y la recoge en lágrimas de vergüenza ajena.

Socorred al indigenta y volved presto hácia donde no lleguen voces agradecidas que engendren en vuestra alma dulzuras de adulacion.

Los faustosos mundanos así presumen poseer virtudes eximias, haciendo filantrópicas ostentaciones á la luz de sus fiestas, y á presencia de los pregoneros de sus menores actos. No buscan ellos sino la satisfaccion de su propia vanidad.

Otra recompensa esperemos nosotros. Los espíritus de Vicente de Paul, Juan de Dios y Francisco de Asis se cierren sobre nuestras cabezas en estos instantes, y nos hacen presentir goces inexplicables, y murmuran á nuestros oídos frases llenas de promesas celestiales.

Y vosotras, las que habeis ocupado parte de vuestras horas en la obra santa de la Caridad; vosotras estais ahora mismo cosechando bendiciones de millares de seres infelices, y copiosas lágrimas de gratitud. Lágrimas de ojos que tanto han llorado en angustiosa pesadumbre, y que truecan su llanto con el que vierten de alegría, porque las lágrimas son la manifestacion suprema así del dolor como del placer.

Yo os he contemplado cuando trabajábais en las labores dedicadas á la pobreza. La Caridad, allí sentada á vuestro lado, os era custodia, y hacia ménos pesadas vuestras horas. Ella os inspiraba los mejores sentimientos, y estaba allí para apartar de vuestra frente el más leve soplo que pudiera hacer os daño. Oh! qué amiga habeis tenido durante ese breve tiempo!

Y merced á sus inspiraciones sabeis lo que conseguisteis? Oid!

La miseria habia entrado en el hogar de una familia, y á su paso habia dejado sólo desolacion y ruinas. Apagó la luz que iluminaba la estancia; consumió el agua y el pan con que sus moradores se alimentaban; y rasgó, por último, los vestidos que los cubrian. Sumidos en obscuridad profunda, sin un mendrugo para atenuar el hambre, los desdichados prorumpieron en gemidos, sintiendo los cercanos pasos de la muerte que llegaba á las derruidas puertas. Pero antes debia ser otra la enemiga artera que los visitara. El padre enfermo y achacoso; la madre anciana y débil; el pequeño de la casa á punto de expirar por falta de sustento y de abrigo. La jóven hija.....ella era la única que aun

resistía á los embates de la suerte adversa. Trabajaba infatigable; pero languidecía, apesar de sus esfuerzos. Y era hermosa, como son casi siempre las hijas de los pobres honrados. Un día se abrió la puerta y entró la Seducción: traía mil incentivos para engañar á la inocencia. La pobre niña huyó por no oír las dulces palabras de la perversa maga; huyó y fué á refugiarse al lado de los suyos. ¡Oh como de la desesperacion! El padre agonizaba ya; la madre se retorcia en ansias de indecible angustia; el hermanito pedia un pedazo de pan con los últimos acentos de la vida. ¡Qué hacer, Dios santo! Volvió sus arrasados ojos hácia donde estaba la infame: allí la encontró, sonreida con infernal malicia, y mostrando en las alevés manos viandas y vestidos de que aparentaba hacer magnánimo ofrecimiento. Volvía á apartar sus ojos la pobre niña, cuando el eco de un gemido la hacía revolverse y vacilar. Súbito la puerta se abre con blandura y aparece la Caridad consoladora trayendo socorros á la desolada. La Seducción huye roja de despecho ántes que de vergüenza, y la vírgen se postra á bendecir á la Providencia y á los piadosos corazones que la sirven.

La Caridad, señoras, es el amor; y debe ser la inseparable compañera nuestra. Dadle albergue todas en vuestros hogares: tomad de sus labios consejos, si quereis acertar con provecho en las vicisitudes de la existencia: consagradla como institutadora de vuestros hijos; que ella sabe mejor que otra alguna preparar el terreno y sembrar la semilla del bien; y cuando al reposo esteis entregadas en la soledad de la noche, ella os dejará breves minutos, y descogiendo sus alas de ángel, volará á prepararos el asiento que os tiene señalado en la morada inmortal, y las inmarcesibles coronas que os destina.

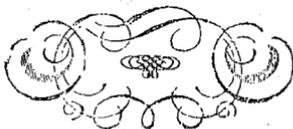
He dicho.

DISCURSO DEL SEÑOR VICARIO CAPITULAR.

DIGNOS SEÑORES Y NOBLES MATRONAS:

Dispensad que os dirija la palabra sin preparacion. No ereí que las multiplicadas y variadas ocupaciones me permitieran presidir la tan amable reunion en que ahora me encuentro. Sin pensarlo, y quizá contra mi inclinacion natural, he sido vencido por las sagaces invitaciones de los dignos miembros de la Conferencia de San Vicente de Paul. Estoy, pues, recreándome con este espectáculo tanto más amable, cuanto en él se deja ver una viva representacion de la más noble, de la reina de las virtudes, LA CARIDAD: virtud altísima que nos acerca más á Dios, quien es la caridad por excelencia: virtud que dividida en dos brazos hace, al que la posee, que con el uno se estreche á Dios y con el otro al prójimo: virtud, en fin, que eria hogueras en los corazones é industria en las inteligencias. En efecto, Señores, ella es la que inspiró en la mente del católico Presidente de la Conferencia el proyecto del Bazar que tenemos á la vista; la misma la que exitó la cooperacion activa de los otros piadosos socios; y la que difundíendose como una lava ardiente ha inflamado los nobles pechos de las virtuosas matronas, que unidas á las de la República vecina y á las de las otras provincias del Ecuador, han ostentado su ardiente amor á Dios y su compasion á los pobres huérfanos y viudas. Todos estos seres desgraciados sienten el consuelo que les ofrece la caridad y elevan sus alabanzas á Dios, así como sus votos en favor de sus benefactores.

Yo tambien como guardian de las virtudes, complacido de los gloriosos triunfos de la caridad, bendigo á Dios Autor de esta virtud, bendigo á todos los que la han practicado y ruego al Altísimo la difunda en todos los corazones.



A LA SEÑORA
DOÑA BALTAZARA CALDERON

V. DE ROCAFUERTE.

SEÑORA:

Vuestro nombre escrito al frente de estas páginas, debe significaros un respetuoso merecido homenaje á vuestro fervoroso culto por la ilustre memoria del esclarecido Rocafuerte; homenaje digno del muy solemne tributado por la gratitud nacional en la apoteosis del eximio patriota.

La Comision organizadora de la tribuna popular erigida en la «Plaza de Rocafuerte,» en la noche del 30 de Setiembre último, quiere honrarse dedicandoos, por mi órgano, los discursos consagrados á la excelsa memoria del egregio ecuatoriano cuyo nombre llevais dignamente.

Aceptadlos, señora, con las consideraciones de mi particular respeto y deferencia.

V. H. Peña.

Guayaquil, 9 de Octubre de 1884.